Cambiar de sexo

Por Rodrigo Fresán

"Orlando, imposible negarlo, se había convertido en una mujer. Pero en todos los demás aspectos seguía siendo exactamente el mismo que había sido. El cambio de sexo, si bien alteraba su futuro, no tenía por qué alterar su identidad", escribe Virginia Woolf a la hora de explicar lo ocurrido a su héroe devenido en heroína. Un acontecimiento sin explicación que se hace todavía más inexplicable cuando el lector descubre que, además, Orlando –un rico y bello y culto noble del siglo XVI– vive y disfruta de la vida sin problema alguno hasta el siglo XX y ahora y hoy (en esa continuación imposible de leer pero aun así escrita de las grandes novelas) se adentra en el siglo XXI.

Como bien señala en un ensayo Nora Catelli, en Orlando –publicada en 1928 y considerada un inofensivo divertimento menor por su autora– conviven infinidad de modelos y prototipos de la literatura inglesa: ahí están los luminosos jóvenes isabelinos de Shakespeare o los oscuros malditos victorianos de Stoker y Stevenson (con su inmortalidad draculina o su capacidad de transformación jekyllesca) así como, también, la vertiente de hembras delicadamente poderosas como la Eliot, la Austen y las Brontë.

Y, detalle interesante: tal vez *Orlando* sea la inauguración más intuitiva que razonada de una nueva forma de *contar* la Historia desde el ámbito de lo privado.

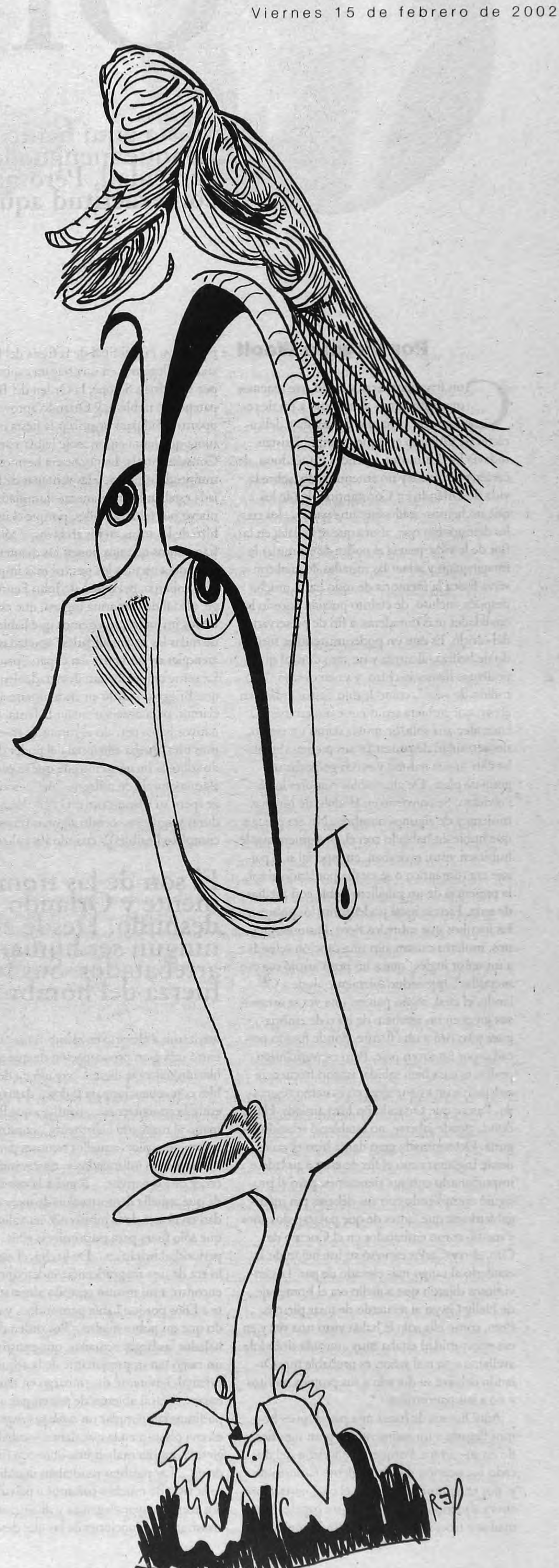
Más allá de lo estrictamente literario, *Orlando* tiene, también, una historia privada aunque no secreta. Woolf comenzó a escribirla en 1927, a velocidad de fiebre, luego de haber conocido a la aristócrata Vita Sackville-West, a quien está dedicada la novela.

En su célebre diario, Woolf anota: "He conocido a la encantadora y bien dotada aristócrata Sackville-West... florida, con bigote, con colores de periquito, con toda la facilidad flexible de su aristocracia, pero sin la agudeza de la artista. Escribe quince páginas por día... ha acabado otro libro... conoce a todo el mundo. Pero, ¿podré yo conocerla alguna vez?".

Es decir: Virginia Woolf se enamoró, escribió, dedicó (Vita S-W leyó y dijo sentirse "como una de esas figuras de cera en un escaparate en la que hubieras colgado un vestido cuajado de joyas) y Jorge Luis Borges –quien tradujo admirablemente *Orlando* al español– escribió, con esa ceguera a la que no se le escapaba nada, que esta novela era "la más larga carta de amor en la historia de la literatura".

Antes que eso, para nosotros, es un milagro inexplicable que se explica sólo a través del milagroso talento de su creadora.

En las páginas que siguen, un hombre se convierte en mujer.



Orlando

Hasta aquí hemos pisado terreno firme, aunque menguado, y de comprobada veracidad. Pero nadie supo jamás qué sucedió con exactitud aquella noche, más tarde.

Por Virginia Woolf

Con fragmentos tales como éste tenemos que esforzarnos al máximo a fin de reconstruir el retrato de la vida y del carácter de Orlando en aquel tiempo. Existen, todavía hoy, rumores, leyendas y anécdotas, de carácter vacilante y no autentificado, sobre la vida de Orlando en Constantinopla (de los que no hemos citado sino una parte)... los cuales demuestran que, ahora que se hallaba en la flor de la vida, poseía el poder de estimular la imaginación y atraer las miradas, lo cual conserva fresca la memoria de todo hasta mucho después, incluso, de cuánto puedan hacerlo las cualidades más duraderas, a fin de preservarlo del olvido. Es éste un poder misterioso, formado de belleza, alcurnia y un raro don, al que podemos llamar hechizo, y ya en desuso. "Un millón de velas", como le dijo Sasha, ardían en él, sin que hubiera tenido que molestarse en encender una sola. Se movía como un ciervo, sin necesidad de pensar en sus piernas. Hablaba con su voz natural y el eco golpeaba un gong de plata. De ahí que los rumores lo envolvieran. Se convirtió en el ídolo de muchas mujeres y de algunos hombres. No era preciso que hubiesen hablado con él, ni siquiera que le hubiesen visto; evocaban, en especial si el paisaje era romántico o se estaba poniendo el sol, la presencia de un caballero noble con medias de seda. Ejercía igual poder sobre los pobres y los incultos que sobre los ricos. Pastores, gitanos, muleros cantan aún una canción referida a un señor inglés "que a un pozo arrojó sus esmeraldas", que indudablemente alude a Orlando, el cual, según parece, una vez se arrancó sus joyas en un arrebato de ira o de embriaguez y las tiró a una fuente, donde fueron pescadas por un joven paje. Pero ese romántico poder, es cosa bien sabida, va con frecuencia asociado a una naturaleza en extremo reservada. Parece que Orlando no hizo amigos. Hasta donde puede saberse, no estableció relación alguna. Determinada gran dama hizo el viaje desde Inglaterra con el fin de estar a su lado e importunarlo con sus atenciones, pero él prosiguió cumpliendo con sus deberes tan infatigablemente que, antes de que pasaran dos años y medio como embajador en el Cuerno de Oro, el rey Carlos expresó su intención de ascenderlo al rango más elevado de par. Los envidiosos dijeron que aquello era el homenaje de Nelly Gwyn al recuerdo de unas piernas. Pero, como ella sólo le había visto una vez y en esa oportunidad estaba muy atareada tirándole avellanas a su real señor, es probable que Orlando debiera su ducado a sus propios méritos y no a sus pantorrillas.

Aquí hemos de hacer una pausa, pues hemos llegado a un momento de gran significado en su carrera. Porque la concesión del ducado fue ocasión de un incidente famosísimo y, por ende, muy discutido, el cual narraremos ahora abriéndonos camino entre papeles quemados y trocitos de documentos lo mejor que podamos. Fue al final de la fiesta del Ramadán cuando llegaron, en una fragata capitaneada por sir Adrian Scrope, la Orden del Baño y la patente de nobleza; y Orlando aprovechó la oportunidad para organizar la fiesta más fastuosa que hasta entonces se había visto en Constantinopla. La noche era hermosa; la multitud, inmensa, y las ventanas de la Embajada estaban brillantemente iluminadas. De nuevo nos faltan detalles, porque el incendio hizo de las suyas en los archivos, y sólo dejó fragmentos que nos ponen los dientes largos dejando a oscuras los puntos más importantes. Sin embargo, del diario de John Fenner Brigge, oficial de la marina inglesa, que estaba entre los invitados, recogemos que había gente de todas las nacionalidades "apretadas como arenques en un barril" en el patio principal. La gente empujaba tan desagradablemente que Brigge no tardó en encaramarse a un ciclamor, para observar mejor la fiesta. Entre los nativos había corrido el rumor (y en esto tenemos una prueba adicional del poder de Orlando sobre la imaginación) de que se produciría alguna especie de milagro. "Así", escribe Brigge (pero su manuscrito está lleno de quemaduras y agujeros, siendo algunas frases por completo ilegibles), "cuando los cohetes comenzaron a elevarse en el aire, a nosotros nos entró una gran preocupación de que a la población nativa le diese... cargado de desagradables consecuencias para todos... damas inglesas entre la concurrencia... confieso que llevé mi mano al machete. Felizmente", continúa con su prolijo estilo, "aquellos temores parecieron de momento infundados y, observando el proceder de los nativos..., llegué a la conclusión de que aquella demostración de nuestra habilidad en el arte de la pirotecnia era valiosa, aunque sólo fuera para imprimir en ellos... la superioridad británica... De hecho, el espectáculo era de una magnificencia indescriptible. Me encontré a mí mismo rezando alternativamente a Dios porque había permitido... y deseando que mi pobre madre... Por orden del Embajador las largas ventanas, que constituyen un rasgo tan impresionante de la arquitectura oriental, ignorante sin embargo en tantas otras cosas... fueron abiertas de par en par; y dentro pudimos contemplar un *tableau vivant* o una escena plástica en la que damas y caballeros ingleses... representaban una obra con disfraces de un... Las palabras resultaban inaudibles, pero la vista de muchos paisanos y paisanas vestidos con la mayor elegancia y distinción... me arrastraron a emociones de las que desde luego no estoy avergonzado, aunque sea incapaz... Intentaba yo observar la asombrosa conducta de Lady... la cual era de tal naturaleza que atraía las miradas de todos y el descrédito a su sexo y a su país, cuando...". Desgraciadamente, una rama del ciclamor se rompió y el teniente Brigge cayó al suelo; y la siguiente anotación de su diario sólo hace constar su gratitud a la Providencia (que desempeña un gran papel en dicho diario) y una detallada relación de sus heridas.

Afortunadamente, Miss Penelope Hartopp, hija del general de este nombre, vio el espectáculo desde dentro y lo relata en una carta, también muy deteriorada, que al fin llegó a manos de una amiga suya de Tunbridge Wells. Miss Penelope no era menos minuciosa en su entusiasmo que el valiente oficial. "Arrebatador", exclama diez veces en una página, "extraordinario... fuera de toda descripción... vajilla de oro... candelabros... negros con pantalones de felpa... pirámides de hielo... fuentes que manaban vino... gelatinas con la forma de los barcos de Su Majestad... cisnes representados por lirios de agua... aves en jaulas doradas... caballeros de terciopelo carmesí acuchillado... damas con peinado de *por lo menos* seis pies de altura... cajas de música... Mr. Peregrine me dijo que estaba *absolutamente* arrebatadora, y yo te lo digo sólo a ti, amiga mía, porque yo sé que... ¡Oh, cómo os eché de menos a todas!... supera todo lo que hemos visto en Pantiles... océanos de bebida... algunos caballeros seducidos... Lady Betty, maravillosa... La pobre Lady Bonham cometió el infortunado error de tomar asiento sin tener detrás ninguna silla... Los caballeros eran todos muy galantes... os eché de menos mil veces a ti y a la queridísima Betsy... Pero la gran atracción, el blanco de todas las miradas... como admitió todo el mundo, porque puede nadie puede caer tan bajo como para negarlo, fue el Embajador mismo. ¡Qué piernas! ¡¡Qué postura!! ¡¡¡Qué maneras principescas!!! ¡¡¡Verle entrar en la sala! ¡Verle volver a salir! ¡Y su expresión era tan *interesante* que le hacía pensar a una, sin que sepa una por qué, que ha *sufrido*! Dicen que por culpa de una dama ¡¡¡Qué desalmado monstruo!!!... ¡¡¡Cómo puede una de nosotras, *consideradas el sexo débil*, haber cometido tal insolencia!!! Es soltero y la mitad de las mujeres de por aquí están locas de amor por él... Mil y mil besos de Tom, Gerry, Peter y la muy querida Mew [presumiblemente la gata]".

El son de las trompetas se extinguió gradualmente y Orlando permanecía de pie y desnudo. Desde el origen de los tiempos, ningún ser humano había aparecido tan arrebatador. Sus formas combinaban la fuerza del hombre y la delicadeza de la mujer.

De la *Gazette* de la época copiamos que "cuando el reloj dio las doce, el Embajador apareció en la balconada central que estaba cubierta de colgaduras de inapreciable valor. Seis turcos del Cuerpo Imperial de la Guardia, cada uno de ellos de más de seis pies de alto, portaban antorchas a su derecha y a su izquierda. Cuando él apareció, se elevaron cohetes por el aire y un gran clamor surgió de entre el gentío, que el Embajador agradeció con una profunda inclinación y pronunciando unas palabras en turco, pues entre sus méritos se contaba el de hablar esta lengua con fluidez. A continuación, se adelantó sir Adrian Scrope, con el uniforme de gala de un almirante británico; el Embajador dobló una rodilla; el almirante ciñó en torno a su cuello el collar de la Muy Noble Orden del Baño, luego le prendió en el pecho la Estrella; después de esto, otro caballero del cuerpo diplomático avanzó con gran dignidad y colocó sobre sus hombros el manto ducal y le presentó, sobre un cojín carmesí, la corona ducal".

Finalmente, con además de extraordinaria gracia y majestuosidad, inclinándose primero profundamente, irguiéndose después con orgullo, Orlando cogió la dorada corona de hojas de fresa y la puso, con un gesto que jamás podrá olvidar el que lo vio, sobre sus sienes. Fue en este punto cuando comenzaron los disturbios iniciales. O la gente había estado esperando un milagro –hay quien dice que se había profetizado que de los cielos caería una lluvia de oro– que no se produjo, o aquella era la señal convenida para que comenzara el ataque; nadie parece saberlo; pero así que la corona reposó sobre las sienes de Orlando, se alzó un gran estruendo. Las campanas comenzaron a sonar; los cascados gritos de los profetas se dejaron oír por encima de los alaridos de la gente; muchos turcos cayeron postrados y tocaron el suelo con su frente. Una puerta se abrió con violencia. Los nativos se precipitaron en las salas del banquete. Las mujeres chillaban. Determinada dama, que según se decía moría de amor por Orlando, asió un candelabro y lo estrelló contra el suelo. Nadie puede decir qué habría pasado de no haber sido por la presencia de Sir Adrian Scrope y un pelotón de marineros británicos. Pero el Almirante ordenó que sonaran las trompetas; cien marineros estuvieron formados al momento; el desorden fue reprimido y, al menos de momento, volvió a reinar la calma.

Hasta aquí hemos pisado terreno firme, aunque menguado, y de comprobada veracidad. Pero nadie supo jamás qué sucedió con exactitud aquella noche, más tarde. El testimonio de los centinelas y de otras personas parece, sin embargo, demostrar que la Embajada quedó vacía y cerrada a eso de las dos de la madrugada, como era lo habitual. El Embajador fue visto dirigiéndose a sus habitaciones, llevando aún la insignia de su rango, y cerrando la puerta. Unos dicen que la cerró con llave, lo que era contrario a sus costumbres; otros mantienen que oyeron música rústica, como tocada por un pastor, más tarde, aún de

Orlando

Hasta aquí hemos pisado terreno firme, aunque menguado, y de comprobada veracidad. Pero nadie supo jamás qué sucedió con exactitud aquella noche, más tarde.

Por Virginia Woolf

Con fragmentos tales como éste tenemos que esforzarnos al máximo a fin de reconstruir el retrato de la vida y del carácter de Orlando en aquel tiempo. Existen, todavía hoy, rumores, leyendas y anécdotas, de carácter vacilante y no autentificado, sobre la vida de Orlando en Constantinopla (de los que no hemos citado sino una parte)... los cuales demuestran que, ahora que se hallaba en la flor de la vida, poseía el poder de estimular la imaginación y atraer las miradas, lo cual conserva fresca la memoria de todo hasta mucho después, incluso, de cuánto puedan hacerlo las cualidades más duraderas, a fin de preservarlo del olvido. Es éste un poder misterioso, formado de belleza, alcurnia y un raro don, al que podemos llamar hechizo, y ya en desuso. "Un millón de velas", como le dijo Sasha, ardían en él, sin que hubiera tenido que molestarse en encender una sola. Se movía como un ciervo, sin necesidad de pensar en sus piernas. Hablaba con su voz natural y el eco golpeaba un gong de plata. De ahí que los rumores lo envolvieran. Se convirtió en el ídolo de muchas mujeres y de algunos hombres. No era preciso que hubiesen hablado con él, ni siquiera que le hubiesen visto; evocaban, en especial si el paisaje era romántico o se estaba poniendo el sol, la presencia de un caballero noble con medias de seda. Ejercía igual poder sobre los pobres y los incultos que sobre los ricos. Pastores, gitanos, muleros cantan aún una canción referida a un señor inglés "que a un pozo arrojó sus esmeraldas", que indudablemente alude a Orlando, el cual, según parece, una vez se arrancó sus joyas en un arrebato de ira o de embriaguez y las tiró a una fuente, donde fueron pescadas por un joven paje. Pero ese romántico poder, es cosa bien sabida, va con frecuencia asociado a una naturaleza en extremo reservada. Parece que Orlando no hizo amigos. Hasta donde puede saberse, no estableció relación alguna. Determinada gran dama hizo el viaje desde Inglaterra con el fin de estar a su lado e importunarlo con sus atenciones, pero él prosiguió cumpliendo con sus deberes tan infatigablemente que, antes de que pasaran dos años y medio como embajador en el Cuerno de Oro, el rey Carlos expresó su intención de ascenderlo al rango más elevado de par. Los envidiosos dijeron que aquello era el homenaje de Nelly Gwyn al recuerdo de unas piernas. Pero, como ella sólo le había visto una vez y en esa oportunidad estaba muy atareada tirándole avellanas a su real señor, es probable que Orlando debiera su ducado a sus propios méritos y no a sus pantorrillas.

Aquí hemos de hacer una pausa, pues hemos llegado a un momento de gran significado en su carrera. Porque la concesión del ducado fue ocasión de un incidente famosísimo y, por ende, muy discutido, el cual narraremos ahora abriéndonos camino entre papeles quemados y trocitos de documentos lo mejor que podamos. Fue al final de la fiesta del Ramadán cuando llegaron, en una fragata capitaneada por sir Adrian Scrope, la Orden del Baño y la patente de nobleza; y Orlando aprovechó la oportunidad para organizar la fiesta más fastuosa que hasta entonces se había visto en Constantinopla. La noche era hermosa; la multitud, inmensa, y las ventanas de la Embajada estaban brillantemente iluminadas. De nuevo nos faltan detalles, porque el incendio hizo de las suyas en los archivos, y sólo dejó fragmentos que nos ponen los dientes largos dejando a oscuras los puntos más importantes. Sin embargo, del diario de John Fenner Brigge, oficial de la marina inglesa, que estaba entre los invitados, recogemos que había gente de todas las nacionalidades "apretadas como arenques en un barril" en el patio principal. La gente empujaba tan desagradablemente que Brigge no tardó en encaramarse a un ciclamor, para observar mejor la fiesta. Entre los nativos había corrido el rumor (y en esto tenemos una prueba adicional del poder de Orlando sobre la imaginación) de que se produciría alguna especie de milagro. "Así", escribe Brigge (pero su manuscrito está lleno de quemaduras y agujeros, siendo algunas frases por completo ilegibles), "cuando los cohetes comenzaron a elevarse en el aire, a nosotros nos entró una gran preocupación de que a la población nativa le diese... cargado de desagradables consecuencias para todos... damas inglesas entre la concurrencia... confieso que llevé mi mano al machete. Felizmente", continúa con su prolijo estilo, "aquellos temores parecieron de momento infundados y, observando el proceder de los nativos..., llegué a la conclusión de que aquella demostración de nuestra habilidad en el arte de la pirotecnia era valiosa, aunque sólo fuera para imprimir en ellos... la superioridad británica... De hecho, el espectáculo era de una magnificencia indescriptible. Me encontré a mí mismo rezando alternativamente a Dios porque había permitido... y deseando que mi pobre madre... Por orden del Embajador las largas ventanas, que constituyen un rasgo tan impresionante de la arquitectura oriental, ignorante sin embargo en tantas otras cosas... fueron abiertas de par en par; y dentro pudimos contemplar un *tableau vivant* o una escena plástica en la que damas y caballeros ingleses... representaban una obra con disfraces de un... Las palabras resultaban inaudibles, pero la vista de muchos paisanos y paisanas vestidos con la mayor elegancia y distinción... me arrastraron a emociones de las que desde luego no estoy avergonzado, aunque sea incapaz... Intentaba yo observar la asombrosa conducta de Lady... la cual era de tal naturaleza que atraía las miradas de todos y el descrédito a su sexo y a su país, cuando...". Desgraciadamente, una rama del ciclamor se rompió y el teniente Brigge cayó al suelo; y la siguiente anotación de su diario sólo hace constar su gratitud a la Providencia (que desempeña un gran papel en dicho diario) y una detallada relación de sus heridas.

Afortunadamente, Miss Penelope Hartopp, hija del general de este nombre, vio el espectáculo desde dentro y lo relata en una carta, también muy deteriorada, que al fin llegó a manos de una amiga suya de Tunbridge Wells. Miss Penelope no era menos minuciosa en su entusiasmo que el valiente oficial. "Arrebatador", exclama diez veces en una página, "extraordinario... fuera de toda descripción... vajilla de oro... candelabros... negros con pantalones de felpa... pirámides de hielo... fuentes que manaban vino... gelatinas con la forma de los barcos de Su Majestad... cisnes representados por lirios de agua... aves en jaulas doradas... caballeros de terciopelo carmesí acuchillado... damas con peinado de *por lo menos* seis pies de altura... cajas de música... Mr. Peregrine me dijo que estaba *absolutamente* arrebatadora, y yo te lo digo sólo a ti, amiga mía, porque yo sé que... ¡Oh, cómo os eché de menos a todas!... supera todo lo que hemos visto en Pantiles... océanos de bebida... algunos caballeros seducidos... Lady Betty, maravillosa... La pobre Lady Bonham cometió el infortunado error de tomar asiento sin tener detrás ninguna silla... Los caballeros eran todos muy galantes... os eché de menos mil veces a ti y a la queridísima Betsy... Pero la gran atracción, el blanco de todas las miradas... como admitió todo el mundo, porque nadie puede caer tan bajo como para negarlo, fue el Embajador mismo. ¡Qué piernas! ¡¡Qué postura!! ¡¡¡Qué maneras principescas!!! ¡Verle entrar en la sala! ¡Verle volver a salir! ¡Y su expresión era tan *interesante* que le hacía pensar a una, sin que sepa una por qué, que ha *sufrido*! Dicen que por culpa de una dama ¡¡¡Qué desalmado monstruo!!!... ¡¡¡Cómo puede una de nosotras, *consideradas el sexo débil*, haber cometido tal insolencia!!! Es soltero y la mitad de las mujeres de por aquí están locas de amor por él... Mil y mil besos de Tom, Gerry, Peter y la muy querida Mew [presumiblemente la gata]".

De la *Gazette* de la época copiamos que "cuando el reloj dio las doce, el Embajador apareció en la balconada central que estaba cubierta de colgaduras de inapreciable valor. Seis turcos del Cuerpo Imperial de la Guardia, cada uno de ellos de más de seis pies de alto, portaban antorchas a su derecha y a su izquierda. Cuando él apareció, se elevaron cohetes por el aire y un gran clamor surgió de entre el gentío, que el Embajador agradeció con una profunda inclinación y pronunciando unas palabras en turco, pues entre sus méritos se contaba el de hablar esta lengua con fluidez. A continuación, se adelantó sir Adrian Scrope, con el uniforme de gala de un almirante británico; el Embajador dobló una rodilla; el almirante ciñó en torno a su cuello el collar de la Muy Noble Orden del Baño, luego le prendió en el pecho la Estrella; después de esto, otro caballero del cuerpo diplomático avanzó con gran dignidad y colocó sobre sus hombros el manto ducal y le presentó, sobre un cojín carmesí, la corona ducal".

Finalmente, con además de extraordinaria gracia y majestuosidad, inclinándose primero profundamente, irguiéndose después con orgullo, Orlando cogió la dorada corona de hojas de fresa y la puso, con un gesto que jamás podrá olvidar el que lo vio, sobre sus sienes. Fue en este punto cuando comenzaron los disturbios iniciales. O la gente había estado esperando un milagro –hay quien dice que se había profetizado que de los cielos caería una lluvia de oro– que no se produjo, o aquella era la señal convenida para que comenzara el ataque; nadie parece saberlo; pero así que la corona reposó sobre las sienes de Orlando, se alzó un gran estruendo. Las campanas comenzaron a sonar; los cascados gritos de los profetas se dejaron oír por encima de los alaridos de la gente; muchos turcos cayeron postrados y tocaron el suelo con su frente. Una puerta se abrió con violencia. Los nativos se precipitaron en las salas del banquete. Las mujeres chillaban. Determinada dama, que según se decía moría de amor por Orlando, asió un candelabro y lo estrelló contra el suelo. Nadie puede decir qué habría pasado de no haber sido por la presencia de Sir Adrian Scrope y un pelotón de marineros británicos. Pero el Almirante ordenó que sonaran las trompetas; cien marineros estuvieron formados al momento; el desorden fue reprimido y, al menos de momento, volvió a reinar la calma.

Hasta aquí hemos pisado terreno firme, aunque menguado, y de comprobada veracidad. Pero nadie supo jamás qué sucedió con exactitud aquella noche, más tarde. El testimonio de los centinelas y de otras personas parece, sin embargo, demostrar que la Embajada quedó vacía y cerrada a eso de las dos de la madrugada, como era lo habitual. El Embajador fue visto dirigiéndose a sus habitaciones, llevando aún la insignia de su rango, y cerrando la puerta. Unos dicen que la cerró con llave, lo que era contrario a sus costumbres; otros mantienen que oyeron música rústica, como tocada por un pastor, más tarde, aún de noche, en el patio que queda debajo de las ventanas del Embajador. Una lavandera, a la que un dolor de muelas mantuvo despierta, dijo haber visto la figura de un hombre, envuelto en una capa o en una bata, salir al mirador. Entonces, según dijo, una mujer muy tapada, pero aparentemente campesina, fue izada por medio de una cuerda que el hombre le había arrojado desde el mirador. Luego, dijo la lavandera, se abrazaron apasionadamente, "como amantes", y entraron juntos en la habitación, y echaron las cortinas, con lo que no pudo verse nada más.

A la mañana siguiente, el Duque, como debemos llamarle desde ahora, fue encontrado por sus secretarios sumido en un profundo sueño entre las sábanas que se hallaban muy revueltas. La habitación estaba en completo desorden, su corona había rodado por el suelo, y su capa y su jarretera estaban tiradas sobre una silla hechas un lío. La mesa era un barullo de papeles. Al principio no se receló nada, pues la fatiga de la noche había sido grande. Pero cuando llegó la tarde y él seguía durmiendo, se avisó a un médico. Este aplicó los remedios que ya se utilizaran en una ocasión anterior: emplastos, ortigas, eméticos, etc., pero sin éxito. Orlando seguía durmiendo. Sus secretarios se creyeron entonces en el deber de examinar los documentos que estaban encima de la mesa. Muchos constaban de versos garabateados, en los que se hacía frecuente mención de un roble. Había también varios documentos de Estado y otros de índole privada concernientes a la administración de sus propiedades en Inglaterra. Mas al fin encontraron un escrito de mucha mayor significación. En efecto, era nada menos que un acta de matrimonio, redactada, firmada y testificada, entre Su Señoría, Orlando, caballero de la Jarretera, etc., etc., y Rosina Pepita, una bailarina de padre desconocido, pero considerado gitano, y madre también desconocida, considerada vendedora de hierro viejo en la plaza del mercado frente al Puente Gálata. Los secretarios se miraron unos a otros con desaliento. Y Orlando aún dormía. Lo vigilaban mañana y tarde, pero, a pesar de que su respiración era regular y de que sus mejillas mostraban su habitual color rosa oscuro, no daba señales de vida. Hicieron cuanto la ciencia y la ingenuidad podían hacer para despertarlo. Pero él seguía durmiendo.

Al séptimo día de aquel trance (jueves, 10 de mayo) sonó el primer tiro de aquella terrible y cruenta insurrección cuyos primeros síntomas había detectado el teniente Brigge. Los turcos se levantaron contra el Sultán, prendieron fuego a la ciudad y abatieron a todos los extranjeros que pudieron encontrar, ya fuera con la espada, ya a bastonazos. Unos pocos ingleses lograron escapar; pero, como era de suponer, los caballeros de la Embajada Británica prefirieron morir defendiendo sus cajas rojas o, en casos extremos, tragándose los manojos de llaves antes que permitir que cayeran en manos de los infieles. Los amotinados irrumpieron en el dormitorio de Orlando, pero al verlo yacer con toda la apariencia de un muerto, lo dejaron sin tocarlo, y sólo le robaron su corona y los atavíos de la Jarretera.

Y ahora descienden de nuevo las tinieblas, y ¡ojalá fueran más profundas! ¡Ojalá, exclamaríamos casi dentro de nuestros corazones, fueran tan profundas que no pudiéramos ver nada a través de su oscuridad! ¡Ojalá pudiéramos coger la pluma y poner *Finis* a nuestra obra! Ojalá pudiéramos ahorrarle al lector lo que está por venir y decirle en muy pocas palabras: Orlando murió y fue enterrado. Pero aquí, ay, la Verdad, la Sinceridad y la Honestidad, severas diosas que vigilan y defienden el tintero del biógrafo, gritan: ¡No! Llevándose a los labios sendas trompetas de plata gritan, todas a una: ¡la Verdad! Y vuelven a gritar: ¡la Verdad!... Y llamando aún una tercera vez a coro, repiten su toque: ¡la Verdad y nada más que la Verdad!

Ante lo cual –¡el cielo sea loado!, porque eso nos proporciona un momento de respiro–, las puertas se abren suavemente, como si el aliento del más gentil y sagrado de los céfiros las apartara a uno y otro lado, y entran tres figuras. Primero avanza Nuestra Señora de la Pureza, cuyas sienes están ceñidas con tiras de lana del más blanco de los corderos, cuyo cabello es como un alud de nieve pura, y en cuya mano reposa la blanca pluma de una oca virgen. Tras ella, pero con andares más firmes, entra Nuestra Señora de la Castidad, en cuyas sienes se asienta, como una especie de torre de fuego ardiente pero inextinguible, una diadema de carámbanos; sus ojos son estrellas puras y sus dedos, si te tocan, te hielan hasta los huesos. Inmediatamente detrás de ella, a la sombra en realidad de sus más decididas hermanas, viene Nuestra Señora de la Modestia, la más frágil y la más bella de las tres; su cara sólo se ve al igual que se ve la de la luna nueva cuando, delgada y en forma de hoz, medio se esconde entre las nubes. Las tres avanzan hasta el centro de la habitación donde Orlando yace aún dormido; y con gestos a la vez suplicantes y exigentes, Nuestra Señora de la Pureza habla la primera:

"Yo soy la guardiana del sueño del cervato; me gusta la nieve, y la luna que asoma, y el mar plateado. Con mis ropas cubro los huevos de gallina y las rayadas conchas marinas; cubro el vicio y la pobreza. Mi velo desciende sobre todo aquello que es frágil u oscuro o dudoso. Por tanto, no hables, no reveles nada. ¡Perdona, oh, perdona!".

Aquí las trompetas repitieron su toque:

"¡Atrás, Pureza! ¡Pureza, vete!"

Entonces, habló Nuestra Señora de la Castidad:

"Yo soy aquella cuyo tacto hiela y cuya mirada petrifica. Yo he detenido a las estrellas en su danza y a las olas en su caída. Los Alpes más altos son mi hogar y, cuando paseo, el relámpago refulge en mis cabellos; en aquello que se posan mis ojos, aquello muere. Antes que permitir que Orlando despierte, he de helarlo hasta los huesos. ¡Perdona, oh, perdona!". Aquí las trompetas repitieron su toque:

"¡Atrás, Castidad! ¡Castidad, vete!"

Entonces, habló Nuestra Señora de la Modestia, tan bajo que apenas era posible oírla:

"Yo soy aquella a quien los humanos llaman la Modestia. Virgen soy y siempre lo seré. Los campos feraces y las viñas fértiles no son para mí. La proliferación me es odiosa; y, cuando brotan las manzanas y los ganados se multiplican, yo huyo, huyo; pierdo mi manto. Mi cabello cubre mis ojos. No veo. ¡Perdona, oh, perdona!".

Otra vez repitieron su toque las trompetas:

"¡Atrás, Modestia! ¡Modestia vete!"

Con gestos de aflicción y de lamento, las tres hermanas juntan ahora sus manos y danzan lentamente, agitando sus velos y cantando:

"Verdad, no surjas de tu horrible antro.
Húndete aún más adentro, horrible Verdad.
Porque tú expones al brutal brillo del sol cosas que mejor sería no conocer, y no hacer; tú desvelas la vergüenza; iluminas lo que es oscuro.
¡Escóndete! ¡Escóndete! ¡Escóndete!".

Aquí hacen como si fueran a cubrir a Orlando con sus ropajes. Entre tanto, las trompetas resuenan otra vez:

"La Verdad y nada más que la Verdad".

Ante esto, las Hermanas intentan arrojar sus velos sobre los pabellones de las trompetas para acallarlas, pero es en vano, porque las trompetas suenan de nuevo juntas:

"¡Hórridas hermanas, fuera!"

Las Hermanas se ponen frenéticas y gimen al unísono, girando todavía y agitando sus velos arriba y abajo.

"¡No siempre ha sido así! Pero los hombres ya no nos quieren; las mujeres nos detestan. Vayámonos; vayámonos. Yo (dice la Pureza) a las perchas de las gallinas. Yo (dice la Castidad) a las alturas todavía invioladas de Surrey. Yo (dice la Modestia) a algún escondrijo agradable donde abunden la hiedra y las cortinas".

"Porque allí, no aquí (hablan todas al mismo tiempo, con las manos cogidas y haciendo gestos de despedida y desespero hacia la cama donde Orlando yace durmiendo), viven todavía, en nidos y tocadores, en oficinas y tribunales de justicia, aquellos que nos quieren; aquellos que nos honran, vírgenes y hombres de negocios; abogados y médicos; los que prohíben; los que niegan; los que respetan sin saber por qué; los que glorifican sin comprender; la todavía numerosa tribu (el cielo sea loado) de los respetables; de los que prefieren no ver; de los que no desean saber; de los que aman la oscuridad; los que todavía nos adoran, y con razón, porque les hemos dado Riqueza, Prosperidad, Comodidad, Tranquilidad. Hacia ellos vamos, a vosotros os dejamos. ¡Ven, Hermana, ven! ¡Aquí no hay lugar para nosotras!".

Se retiran con precipitación, agitando sus velos por encima de sus cabezas, como para ocultar algo que no se atreven a mirar, y cierran la puerta a sus espaldas.

Por tanto, ahora estamos completamente solos en la habitación, con el dormido Orlando y las portadoras de trompetas. Estas, puestas en fila a uno y otro lado, tocan de forma terrorífica:

"¡LA VERDAD!"

Ante lo cual, Orlando se despertó.

Se desperezó. Se levantó. Permaneció de pie completamente desnudo frente a nosotros, y mientras las trompetas pregonan: "¡La Verdad!, ¡la Verdad!, ¡La Verdad!", a nosotros no nos cabe otra elección que confesar que... él era una mujer.

El son de las trompetas se extinguió gradualmente y Orlando permanecía de pie y desnudo. Desde el origen de los tiempos, ningún ser humano había aparecido tan arrebatador. Sus formas combinaban la fuerza del hombre y la delicadeza de la mujer. Mientras permanecía allí, de pie, las trompetas de plata prolongaban su sonido, como si fueran reacias a abandonar la adorable vista que su llamada había propiciado; y la Castidad, la Pureza y la Modestia, inspiradas, sin duda por la Curiosidad, fisgaron la habitación a través de la puerta y lanzaron hacia la forma desnuda un lienzo, algo así como una toalla, que, por desgracia, por sólo unas pulgadas no alcanzó su objetivo. Orlando se miró de pies a cabeza en un espejo, sin manifestar señal alguna de desconcierto, y se fue, es de presumir, al baño.

Nosotros podemos aprovechar esta pausa en el relato para hacer determinadas consideraciones. Orlando, imposible negarlo, se había convertido en una mujer. Pero en todos los demás aspectos, seguía siendo exactamente el mismo que había sido. El cambio de sexo, si bien alteraba su futuro, no tenía por qué alterar su identidad. Su cara era, como lo demuestran los retratos, prácticamente la misma. Sus recuerdos –en el futuro, sin embargo, para salvar las conveniencias, diremos "ella" y no "él"–, los recuerdos que ella conservaba, no encontraron, al retroceder a través de todos los acontecimientos de su vida pasada, ningún obstáculo. Como si unas cuantas gotas oscuras hubiesen caído sobre la transparente laguna de la memoria, podía flotar sobre ésta determinada bruma ligera; ciertas cosas quedaron un tanto empañadas; pero eso era todo. El cambio parecía haberse efectuado indolora y completamente, y de tal modo que ni el propio Orlando mostró sorpresa. Muchas personas, teniendo en cuenta todo esto y que un cambio tal de sexo va contra natura, se tomaron grandes molestias para demostrar que Orlando había sido siempre una mujer, que en aquellos momentos Orlando era un hombre. Dejemos a los biólogos y a los psicólogos decidir. Para nosotros es suficiente con hacer constar este simple hecho: Orlando fue un hombre hasta los treinta años de edad, en que se convirtió en mujer, y así se ha mantenido desde entonces.

> **El son de las trompetas se extinguió gradualmente y Orlando permanecía de pie y desnudo. Desde el origen de los tiempos, ningún ser humano había aparecido tan arrebatador. Sus formas combinaban la fuerza del hombre y la delicadeza de la mujer.**

De *Orlando* (Círculo de Lectores). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com



noche, en el patio que queda debajo de las ventanas del Embajador. Una lavandera, a la que un dolor de muelas mantuvo despierta, dijo haber visto la figura de un hombre, envuelto en una capa o en una bata, salir al mirador. Entonces, según dijo, una mujer muy tapada, pero aparentemente campesina, fue izada por medio de una cuerda que el hombre le había arrojado desde el mirador. Luego, dijo la lavandera, se abrazaron apasionadamente, "como amantes", y entraron juntos en la habitación, y echaron las cortinas, con lo que no pudo verse nada más.

A la mañana siguiente, el Duque, como debemos llamarle desde ahora, fue encontrado por sus secretarios sumido en un profundo sueño entre las sábanas que se hallaban muy revueltas. La habitación estaba en completo desorden, su corona había rodado por el suelo, y su capa y su jarretera estaban tiradas sobre una silla hechas un lío. La mesa era un barullo de papeles. Al principio no se receló nada, pues la fatiga de la noche había sido grande. Pero cuando llegó la tarde y él seguía durmiendo, se avisó a un médico. Este aplicó los remedios que ya se utilizaran en una ocasión anterior: emplastos, ortigas, eméticos, etc., pero sin éxito. Orlando seguía durmiendo. Sus secretarios se creyeron entonces en el deber de examinar los documentos que estaban encima de la mesa. Muchos constaban de versos garabateados, en los que se hacía frecuente mención de un roble. Había también varios documentos de Estado y otros de índole privada concernientes a la administración de sus propiedades en Inglaterra. Mas al fin encontraron un escrito de mucha mayor significación. En efecto, era nada menos que un acta de matrimonio, redactada, firmada y testificada, entre Su Señoría, Orlando, caballero de la Jarretera, etc., etc., y Rosina Pepita, una bailarina de padre desconocido, pero considerado gitano, y madre también desconocida, considerada vendedora de hierro viejo en la plaza del mercado frente al Puente Gálata. Los secretarios se miraron unos a otros con desaliento. Y Orlando aún dormía. Lo vigilaban mañana y tarde, pero, a pesar de que su respiración era regular y de que sus mejillas mostraban su habitual color rosa oscuro, no daba señales de vida. Hicieron cuanto la ciencia y la ingenuidad podían hacer para despertarlo. Pero él seguía durmiendo.

Al séptimo día de aquel trance (jueves, 10 de mayo) sonó el primer tiro de aquella terrible y cruenta insurrección cuyos primeros síntomas había detectado el teniente Brigge. Los turcos se levantaron contra el Sultán, prendieron fuego a la ciudad y abatieron a todos los extranjeros que pudieron encontrar, ya fuera con la espada, ya a bastonazos. Unos pocos ingleses lograron escapar; pero, como era de suponer, los caballeros de la Embajada Británica prefirieron morir defendiendo sus cajas rojas o, en casos extremos, tragándose los manojos de llaves antes que permitir que cayeran en manos de los infieles. Los amotinados irrumpieron en el dormitorio de Orlando, pero al verlo yacer con toda la apariencia de un muerto, lo dejaron sin tocarlo, y sólo le robaron su corona y los atavíos de la Jarretera.

Y ahora descienden de nuevo las tinieblas, y ¡ojalá fueran más profundas! ¡Ojalá, exclamaríamos casi dentro de nuestros corazones, fueran tan profundas que no pudiéramos ver nada a través de su oscuridad! ¡Ojalá pudiéramos coger la pluma y poner *Finis* a nuestra obra! Ojalá pudiéramos ahorrarle al lector lo que está por venir y decirle en muy pocas palabras: Orlando murió y fue enterrado. Pero aquí, ay, la Verdad, la Sinceridad y la Honestidad, severas diosas que vigilan y defienden el tintero del biógrafo, gritan: ¡No! Llevándose a los labios sendas trompetas de plata gritan, todas a una: ¡la Verdad! Y vuelven a gritar: ¡la Verdad!... Y llamando aún una tercera vez a coro, repiten su toque: ¡la Verdad y nada más que la Verdad!

Ante lo cual –¡el cielo sea loado!, porque eso nos proporciona un momento de respiro–, las puertas se abren suavemente, como si el aliento del más gentil y sagrado de los céfiros las apartara a uno y otro lado, y entran tres figuras. Primero avanza Nuestra Señora de la Pureza, cuyas sienes están ceñidas con tiras de lana del más blanco de los corderos, cuyo cabello es como un alud de nieve pura, y en cuya mano reposa la blanca pluma de una oca virgen. Tras ella, pero con andares más firmes, entra Nuestra Señora de la Castidad, en cuyas sienes se asienta, como una especie de torre de fuego ardiente pero inextinguible, una diadema de carámbanos; sus ojos son estrellas puras y sus dedos, si te tocan, te hielan hasta los huesos. Inmediatamente detrás de ella, a la sombra en realidad de sus más decididas hermanas, viene Nuestra Señora de la Modestia, la más frágil y la más bella de las tres; su cara sólo se ve al igual que se ve la de la luna nueva cuando, delgada y en forma de hoz, medio se esconde entre las nubes. Las tres avanzan hasta el centro de la habitación donde Orlando yace aún dormido; y con gestos a la vez suplicantes y exigentes, Nuestra Señora de la Pureza habla la primera:

"Yo soy la guardiana del sueño del cervato; me gusta la nieve, y la luna que asoma, y el mar plateado. Con mis ropas cubro los huevos de gallina y las rayadas conchas marinas; cubro el vicio y la pobreza. Mi velo desciende sobre todo aquello que es frágil u oscuro o dudoso. Por tanto, no hables, no reveles nada. ¡Perdona, oh, perdona!".

Aquí las trompetas repitieron su toque: "¡Atrás, Pureza! ¡Pureza, vete!"

Entonces, habló Nuestra Señora de la Castidad:

"Yo soy aquella cuyo tacto hiela y cuya mirada petrifica. Yo he detenido a las estrellas en su danza y a las olas en su caída. Los Alpes más altos son mi hogar y, cuando paseo, el relámpago refulge en mis cabellos; en aquello que se posan mis ojos, aquello muere. Antes que permitir que Orlando despierte, he de helarlo hasta los huesos. ¡Perdona, oh, perdona!". Aquí las trompetas repitieron su toque:

"¡Atrás, Castidad! ¡Castidad, vete!"

Entonces, habló Nuestra Señora de la Modestia, tan bajo que apenas era posible oírla:

"Yo soy aquella a quien los humanos llaman la Modestia. Virgen soy y siempre lo seré. Los campos feraces y las viñas fértiles no son para mí. La proliferación me es odiosa; y, cuando brotan las manzanas y los ganados se multiplican, yo huyo, huyo; pierdo mi manto. Mi cabello cubre mis ojos. No veo. ¡Perdona, oh, perdona!".

Otra vez repitieron su toque las trompetas: "¡Atrás, Modestia! ¡Modestia vete!"

Con gestos de aflicción y de lamento, las tres hermanas juntan ahora sus manos y danzan lentamente, agitando sus velos y cantando:

"Verdad, no surjas de tu horrible antro. Húndete aún más adentro, horrible Verdad. Porque tú expones al brutal brillo del sol cosas que mejor sería no conocer, y no hacer; tú desvelas la vergüenza; iluminas lo que es oscuro. ¡Escóndete! ¡Escóndete! ¡Escóndete!".

Aquí hacen como si fueran a cubrir a Orlando con sus ropajes. Entre tanto, las trompetas resuenan otra vez:

"La Verdad y nada más que la Verdad".

Ante esto, las Hermanas intentan arrojar sus velos sobre los pabellones de las trompetas para acallarlas, pero es en vano, porque las trompetas suenan de nuevo juntas:

"¡Hórridas hermanas, fuera!"

Las Hermanas se ponen frenéticas y gimen al unísono, girando todavía y agitando sus velos arriba y abajo.

"¡No siempre ha sido así! Pero los hombres ya no nos quieren; las mujeres nos detestan. Vayámonos; vayámonos. Yo (dice la Pureza) a las perchas de las gallinas. Yo (dice la Castidad) a las alturas todavía invioladas de Surrey. Yo (dice la Modestia) a algún escondrijo agradable donde abunden la hiedra y las cortinas".

"Porque allí, no aquí (hablan todas al mismo tiempo, con las manos cogidas y haciendo gestos de despedida y desespero hacia la cama donde Orlando yace durmiendo), viven todavía, en nidos y tocadores, en oficinas y tribunales de justicia, aquellos que nos quieren; aquellos que nos honran, vírgenes y hombres de negocios; abogados y médicos; los que prohíben; los que niegan; los que respetan sin saber por qué; los que glorifican sin comprender; la todavía numerosa tribu (el cielo sea loado) de los respetables; de los que prefieren no ver; de los que no desean saber; de los que aman la oscuridad; los que todavía nos adoran, y con razón, porque les hemos dado Riqueza, Prosperidad, Comodidad, Tranquilidad. Hacia ellos vamos, a vosotros os dejamos. ¡Ven, Hermana, ven! ¡Aquí no hay lugar para nosotras!".

Se retiran con precipitación, agitando sus velos por encima de sus cabezas, como para ocultar algo que no se atreven a mirar, y cierran la puerta a sus espaldas.

Por tanto, ahora estamos completamente solos en la habitación, con el dormido Orlando y las portadoras de trompetas. Estas, puestas en fila a uno y otro lado, tocan de forma terrorífica:

"¡LA VERDAD!"

Ante lo cual, Orlando se despertó.

Se desperezó. Se levantó. Permaneció de pie completamente desnudo frente a nosotros, y mientras las trompetas pregonan: "¡La Verdad!, ¡la Verdad!, ¡La Verdad!", a nosotros no nos cabe otra elección que confesar que... él era una mujer.

El son de las trompetas se extinguió gradualmente y Orlando permanecía de pie y desnudo. Desde el origen de los tiempos, ningún ser humano había aparecido tan arrebatador. Sus formas combinaban la fuerza del hombre y la delicadeza de la mujer. Mientras permanecía allí, de pie, las trompetas de plata prolongaban su sonido, como si fueran reacias a abandonar la adorable vista que su llamada había propiciado; y la Castidad, la Pureza y la Modestia, inspiradas, sin duda por la Curiosidad, fisgaron la habitación a través de la puerta y lanzaron hacia la forma desnuda un lienzo, algo así como una toalla, que, por desgracia, por sólo unas pulgadas no alcanzó su objetivo. Orlando se miró de pies a cabeza en un espejo, sin manifestar señal alguna de desconcierto, y se fue, es de presumir, al baño.

Nosotros podemos aprovechar esta pausa en el relato para hacer determinadas consideraciones. Orlando, imposible negarlo, se había convertido en una mujer. Pero en todos los demás aspectos, seguía siendo exactamente el mismo que había sido. El cambio de sexo, si bien alteraba su futuro, no tenía por qué alterar su identidad. Su cara era, como lo demuestran los retratos, prácticamente la misma. Sus recuerdos –en el futuro, sin embargo, para salvar las conveniencias, diremos "ella" y no "él"–, los recuerdos que ella conservaba, no encontraron, al retroceder a través de todos los acontecimientos de su vida pasada, ningún obstáculo. Como si unas cuantas gotas oscuras hubiesen caído sobre la transparente laguna de la memoria, podía flotar sobre ésta determinada bruma ligera; ciertas cosas quedaron un tanto empañadas; pero eso era todo. El cambio parecía haberse efectuado indolora y completamente, y de tal modo que ni el propio Orlando mostró sorpresa. Muchas personas, teniendo en cuenta todo esto y que un cambio tal de sexo va contra natura, se tomaron grandes molestias para demostrar que Orlando había sido siempre una mujer, que en aquellos momentos Orlando era un hombre. Dejemos a los biólogos y a los psicólogos decidir. Para nosotros es suficiente con hacer constar este simple hecho: Orlando fue un hombre hasta los treinta años de edad, en que se convirtió en mujer, y así se ha mantenido desde entonces.

De *Orlando* (Círculo de Lectores). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

correspondencias

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Ciudades famosas

1. Maastrich	A. Polonia
2. Yalta	B. Holanda
3. Versailles	C. Francia
4. Varsovia	D. Ucrania

En el cielo...

1. Saturno	A. Planeta
2. Osa Mayor	B. Satélite
3. Luna	C. Constelación
4. Halley	D. Cometa

Aleaciones

1. Cobre y cinc	A. Bronce
2. Cobre, cinc y níquel	B. Alpaca
3. Cobre y estaño	C. Peltre
4. Cinc, plomo y estaño	D. Latón

La guerra en el cine

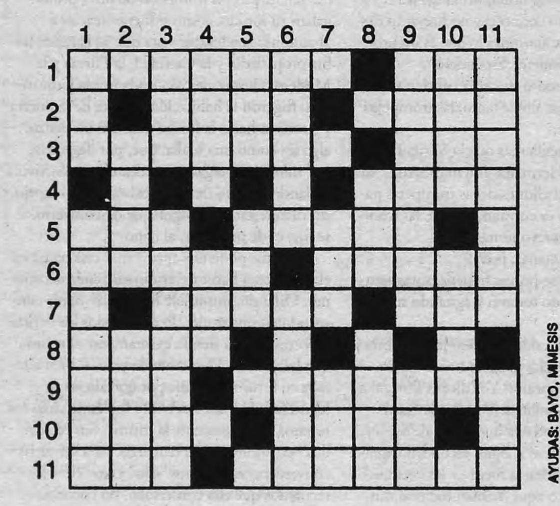
1. "Pelotón"	A. Marlon Brando
2. "Apocalipsis Now"	B. Robert De Niro
3. "Regreso sin gloria"	C. Willem Dafoe
4. "El francotirador"	D. Jon Voight

cruci - clip

Anote las palabras siguiendo las flechas

GARANTIZAR
CAJA TRANSPARENTE CON LUZ
LA QUE ACTÚA EN UNA OBRA
FLOR BLANCA OLOROSA
INFORMACIÓN O DETALLE RELEVANTE
INDICIO, SOSPECHA
DAÑO LEVE
PEGAR POR EL DORSO
ANSIA, ANHELO
MUJER NOBLE O DISTINGUIDA
HEMBRA DEL TORO
AMARRAD
QUE PADECE ARTRITIS
TÍTULO HONORÍFICO INGLÉS
TE ATREVES
(SE) SE UNIÓ
DESLUCIR, ESTROPEAR
CAVIDAD SUPERIOR DEL CORAZÓN
TIPO, CATEGORÍA
NITROGENAR
PLANTA DE FRUTO EN FORMA DE PIÑA
SEÑAL DE DUELO
EN INGLÉS, TODO
ESTABLECIMIENTO AGRÍCOLA
TERMINÓ, FINALIZÓ
DISFRUTAR
PERCIBIRÁN SONIDOS
HUNDIMIENTO DE UN BARCO
CIUDAD ITALIANA
COCINÉ ALIMENTOS
GAS NOBLE, EMPLEADO EN EL ALUMBRADO
EN HERÁLDICA, EL COLOR AZUL
CÁLCULO SUPERSTICIOSO
FIGURA DE LA BARAJA ESPAÑOLA
CIUDAD DE ARGELIA

crucigrama



AYUDAS: BAYO, MIMESIS

HORIZONTALES

1. Imitación de una persona burlándose de ella./ Planta crucífera hortense.
2. Gong./ Color de pelo de caballo, blanco amarillento.
3. Que yace./ Adverbio: exceso.
4. Inscripción en un escudo, emblema o insignia.
5. Alianza, convenio./ Apremiar.
6. Acción de unirse dos personas o cosas./ Rival.
7. Más tarde, después./ New York State.
8. Turno para regar un sembradío.
9. Primera mujer./ (Miguel de) Escritor español, autor de "La tía Tula".
10. Grieta, hendidura, resquebrajadura./ En hebreo, así sea.
11. Cerveza ligera inglesa./ Ejerzo la presidencia.

VERTICALES

1. Adverbio: mucho, en gran medida./ Zurdería.
2. Primer hombre./ Parecido a la uva.
3. Voz celta que significa hijo./ Hurco, robo con violencia.
4. Mar que baña las costas griegas./ Organización de Unidad Africana.
5. En inglés, sol./ Municipio de Colombia, en el departamento de Cundinamarca.
6. Equipo de fútbol italiano./ Obtener una cosa realizando un esfuerzo.
7. Prefijo: tierra./ Quiera..
8. Abreviatura de "límite"./ Plural de consonante.
9. Estado africano./ Junté.
10. Pequeño primate de hábitos nocturnos./ Ciudad de Francia.
11. Enlosados./ Organo de la visión.



soluciones

correspondencias

Ciudades famosas: 1-B, 2-D, 3-C, 4-A. Aleaciones: 1-D, 2-B, 3-A, 4-C. En el cielo...: 1-A, 2-C, 3-B, 4-D. La guerra en el cine: 1-C, 2-A, 3-D, 4-B.

cruci - clip

crucigrama

